

1898-99

B. SOUVIRON



Ingeniero del Cuerpo de Minas. Conocedor de las duras condiciones en las que se desarrollaba la vida del minero desde su infancia, escribe un informe en el que denuncia la precariedad de estos obreros. Fue publicado en la *Revista Minera Metalúrgica y de Ingeniería*. Año L. Número 1.713. Madrid, 16 de Enero de 1899; p. 25-27. “Sierra Almagrera”. En *Revista Minera*, XLIX, p. 273-274, 281-282, 306-308, 313-314, 321-322, 329-330, y L, p. 1-3, 25-27 y 61-63.

SIERRA ALMAGRERA

EL OBRERO

Durante el medio siglo que lleva de actividad la sierra ha podido formarse una generación de mineros perfectamente adaptada al medio en que se ha desarrollado y con cualidades propias, pues el aislamiento en que este rincón de España ha permanecido dificulta las influencias extrañas y la frecuente comunicación con otras localidades; sólo en los últimos años, a consecuencia de la larga paralización de los trabajos en las minas y la subsiguiente crisis económica en el país, tuvieron que emigrar muchos de sus habitantes, trasladándose a otros centros de la misma provincia o de la próxima de Murcia, donde nada han podido aprender ni enseñar, por la comunidad y semejanza de usos, abusos y costumbres que en casi toda esta parte del Sudeste de la Península existe. Los pocos que han trabajado en las provincias de Córdoba y Sevilla en puntos más distantes, es de esperar que contribuyan a modificar un estado de cosas cuyos inconvenientes pueden aquilatar mejor, al establecer la comparación con lo que en otras partes ocurre.

Para dar a conocer el elemento obrero de esta parte del país, procuraré exponer sus cualidades, el medio en que se desarrolla y vive, las condiciones en que trabaja, la remuneración que obtiene y, finalmente, las consideraciones que todo ello me sugiera.

Poco corpulento y forzado, este operario es, sin embargo, capaz de desarrollar una increíble resistencia

en el trabajo; de curtida piel, enjuta musculatura, acorados tendones y fuerte esqueleto, soporta admirablemente la fatiga, para la que parece formado y en la que se ha endurecido desde pequeño, si bien tan robustas naturalezas suelen decaer prematuramente en la inconsciente prodigalidad con que agotan sus reservas; el conjunto de facultades que dejo indicado, es evidente resultado de una verdadera selección natural, pues sólo poseyendo especiales y privilegiadas cualidades físicas puede llegar un hombre a su pleno desarrollo, atravesando una niñez descuidada y una pubertad mal nutrida, sobrecargado de exceso de trabajos corporales y en las peores condiciones higiénicas que es posible imaginar.

La fisonomía moral suele ser más compleja, reuniendo en variables proporciones cualidades propias de un buen natural, a las producidas especialmente por la crasa ignorancia en que se hallan sumidos; así que es que resultan inteligentes, arrojados y adictos; laboriosos circunstancialmente, pues si es verdad que no esquivan el trabajo, acogen bien gustosamente las ocasiones de holgar, que no se ofrecen raramente por aquí; están llenos de prejuicios y falsas ideas y demuestran una pasividad y falta de energías de carácter, que es signo propio de su poca cultura intelectual, que les hace soportar en silencio una condición impropia de nuestros decantados adelantos en civilización, y que los mantiene en perpetua tutela, sin que hasta hoy se les haya presentado quien, reuniendo el interés y la voluntad al poder, procurase sacarlos de la triste situación en que se encuentran.



Obreros en la faena de rebusca hacia 1884. Fotografía de Cuadras. (Reproducida del libro *Los orígenes del siglo minero en Murcia*, de M. Guillén, 2004).

EL TRABAJO DE LOS NIÑOS

Los primeros años del minero son completamente comunes con los que casi toda nuestra población obrera, al menos fuera de las grandes poblaciones; aún antes de dar los primeros pasos ya sufre algo del abandono a que sus padres se ven forzados por la necesidad en que se encuentran de acudir, cada cual en su esfera, a remediar la miseria más o menos acentuada en que suelen vivir, y los pequeños tienen, por único guardador algún hermano de poca más edad que ellos mismos, por el que son manejados como es de suponer. Apenas pueden andar, quedan en absoluta libertad, y se procura que no permanezcan en las reducidas viviendas de sus padres, ofreciendo el espectáculo de esas legiones de ánades del arroyo, como creo que alguien les ha llamado, que sucios, demacrados y cubiertos con una ligera y breve camisa, hacen lo posible por arriesgar sus pocos meses, bien interponiéndose al paso de vehículos y caballerías, bien buscando en el polvo de los caminos o el tarquín de las acequias, miasmas y bacterias que absorber para que les inficione la sangre; mientras tanto, van iniciando su educación moral en la contemplación de los nada edificantes espectáculos que constantemente presencian y aprenden a balbucear el característico vocabulario de la gente baja. Para remediar tamaño desamparo en esta edad, no conozco instituciones, fuera de Madrid y quizás Barcelona; pero por estas comarcas nada parecido se encuentra.

De siete a nueve años, o continúan en tan pernicioso vagancia, o si sus padres piensan algo en su porvenir, son enviados a nuestras deficientes escuelas municipales, donde a duras penas aprenden a deletrear y hacer garabatos, que llaman escritura, más difícil de descifrar que los más intrincados jeroglíficos. Mal

aprendidos y poco ejercitados esos rudimentos de cultura, son rarísimos los casos en que puedan valerse de dichas enseñanzas en el curso de su vida. A esta necesidad se empieza a atender en reducidísima escala, creando en los grandes centros, asociaciones particulares que estimulan la asistencia de niños a escuelas algo mejor dotadas que las oficiales; pero su limitado desarrollo y la falta de interés de nuestro proletariado hacen que sean muy escasos los resultados obtenidos.

Próximamente a los nueve años se considera ya al niño apto para reportar utilidad a la familia, y dando por terminado el periodo de su aprendizaje teórico, se le lanza a la lucha por la vida, entrando a cumplir el precepto de ganar con el sudor de su frente el mísero pan que come y dejando que la práctica, con sus brutales enseñanzas, vaya formando la educación corporal y moral del individuo que, a los once años, ingresa en lo que en toda esta zona se llama *gavia*, provincialismo que no he encontrado en el Diccionario, y cuya significación conocerán pocos de los que no están muy familiarizados con la industria. Esta palabra designa la realización de ese tremendo azote que cayó sobre la Humanidad cuando la economía industrial, obligada por la competencia y la crisis de precios, impuso la necesidad del empleo de los niños en los talleres de todo género; expresa la formación de esas agrupaciones infantiles que consumen sus fuerzas y gastan los albores de su vida en un trabajo desproporcionado a sus facultades; representa el terrible crimen de lesa naturaleza cometido por Saturno al devorar sus propios hijos y que la industria reproduce hoy aniquilando energías que más tarde le serían de gran provecho, renunciando a brazos que luego le son muy necesarios, atrofiando inteligencias que permanecen por siempre oscurecidas, endureciendo sentimientos que, al revolverse más

tarde contra los organismos a quienes consideran culpables, producen esas explosiones monstruosas, contra las cuales se levanta el general clamor de los que, bien hallados con su suerte, no pararon mientes en los desheredados de la fortuna, y cometen la injusticia de castigar severamente hechos que tuvieron el deber de prevenir, y de que en el último resultado son los más directamente responsables.

La gavia se compone de muchachos de doce a quince años, dedicados a trabajos especialmente mineros; si su buena suerte o los propios les permiten dedicarse a conducir las recuas de burros que transportan los minerales, constituyen la aristocracia de la clase (señores de horca y cuchillo de inofensivos y pacientes animales, a quienes maltratan a su antojo, cebando en ellos instintos crueles que nadie se cuida de contrarrestar), pues siquiera disfrutan del aire y la luz, y satisfacen la necesidad de movimiento y acción propia de la edad infantil.

Menos afortunados que éstos, son los dedicados a trabajos *del exterior* en las minas; es cierto que se les exigen esfuerzos impropios de sus pocos años, que se ven privados de los juegos y distracciones que más les agradan; que dedican al trabajo corporal un tiempo que debería ser dedicado en completar su desarrollo físico y su educación intelectual; que las más de las veces están colocados en condiciones antihigiénicas, aspirando el polvoriento ambiente de las tierras que manejan, o el cálido e insalubre de las calderas que limpian, o empleándose en distintos menesteres, más o menos en armonía con sus facultades, pero al menos respiran un aire que, aunque impuro, es aire al fin; los pulmones conocen la sensación de oxígeno que tonifica su organismo, y nuestro hermoso y vivificante sol meridional los baña, supliendo con su influencia bienhechora escaseces de nutrición; los adolescentes que han soportado la prueba, los que no sucumbieron prematuramente, llegan a la meta y forman en las filas de obreros capaces de crear y sostener una familia en las condiciones que han conocido la suya, adquiriendo en la labor constante y en el ejercicio permanente y forzado, las cualidades de resistencia que he mencionado al principio.

Los verdaderos parias, los que no conocen compensaciones, son los recluidos en el interior de las minas. En profundidades que tienen que alcanzar y abandonar por medio de un escalado de 300 y 400 metros, aspirando una atmósfera mefítica, formada por las múltiples e insalubres emanaciones que en las minas mal ventiladas se producen, con los conductos respiratorios

rellenos del humo acre de los candiles de aceite de oliva y petróleo, deslizándose por galerías y trancadas de dificultísimo acceso y cargados con pesados capazos de mineral. Por ellas circulan, unos tras otros, estos desgraciados, semejando a un monstruoso acordeón de enormes hormigas, y dando un rendimiento mecánico altamente satisfactorio a costa de todas las cualidades inherentes al ser humano. En otras ocasiones he acriminado tal espectáculo, cuyo horror práctico sobrepuja lo expuesto por los mil detalles que lo entenebrecen; pero alejado durante mucho tiempo de minas en que aún se recurre a las gavias, no he podido insistir sobre este punto, y aprovecho hoy la primera coyuntura que se me presenta para llamar la atención general hacia tan inhumana aplicación de la niñez, que si es verdad se halla prohibida por las leyes, sabido es también cómo en nuestro país tienen éstas aplicación, siendo uno de los más tristes ejemplos el caso a que me refiero.

LA VIDA DEL OBRERO

El obrero adulto no sale mejor librado en cuanto a las condiciones en las que trabaja, y no creo necesario insistir en dicho punto, pues se deduce fácilmente de todo lo expuesto, que en casi ninguna de las minas de la sierra se ha tenido en cuenta, no ya el procurar un poco de higiene y comodidad al operario, sino ni siquiera el aprovechar racionalmente sus sobrehumanos esfuerzos. Así, se le obliga a trabajar dieciséis o dieciocho horas diarias, se le mantiene en sitios mal ventilados y estrechos, se le hace entrar y salir por conductos que por sí solos exigen el máximo de trabajo que un hombre puede desarrollar en condiciones normales, logrando de esta manera malgastar sus fuerzas físicas sin provecho de nadie y minar las más robustas naturalezas, que al fin se rinden antes de tiempo, pues son muy raros los casos de longevidad que entre estos trabajadores se registran.

En cuanto a los jornales que se acostumbra a pagar, no serían excesivamente bajos para la localidad si no vinieren mermados, o mejor dicho, anulados por el infame tráfico de que bajo mil formas se le hace objeto. La costumbre establecida es entregar una cantidad que varía según la ocupación, siendo los sueldos reguladores de 0,80 pesetas para los muchachos, 1,12 pesetas para los peones adultos y 1,65 para los picadores o barreneros, así como lavadores y demás cargos que exigen cierta práctica o conocimientos, corriendo a cargo de la administración de la mina la comida, consistente en un caldo en la mañana, un potaje al medio día y otro caldo a la noche, pan y algunas veces frutas



Mineros y empleados de las minas del levante almeriense. (Reproducida de Juan Grima Cervantes, "Sociedad Cooperativa 'La Igualdad' de Bedar", *Axarquía*, 5 (2000).

cuando casi se regalan en el país, todo lo cual se supone valer 0,75 pesetas, pareciéndome inútil entrar en detalles, pues cada cual se podrá figurar que la alimentación corre parejas con todo lo demás relativo a las minas y los operarios. Las liquidaciones de jornales se hacen por varadas, intervalos de tres o cuatro meses en que es costumbre dividir el año, y al final de los cuales se dan unos días de huelga o vacaciones; para que el trabajador pueda atender entretanto a sus necesidades se le facilitan unas papeletas llamadas *vales*, con las que pueden pagar los géneros que compren en una tienda determinada que está en relación con el expendedor de aquellos, siendo evidente que con tal sistema hay que pasar por los precios que fije en vendedor; pero aún sube de punto el abuso, pues es frecuente que al querer pagar con este papel por valor menor del que representa, se niega el tendero a dar la vuelta y obliga a que se emplee desde luego toda la cantidad que importa, con lo cual se consuma el verdadero saqueo de que estos infelices trabajadores son víctimas, sin que ni las quejas de éstos, ni sus tímidos esfuerzos para luchar con sus opresores, ni las indicaciones de algunas personas sensatas, ni la enérgica campaña iniciada por un periódico local, ni el aviso directo al gobernador de la provincia, cuya atención reclaman imperiosamente asuntos electorales o políticos de esos que tan buenos resultados nos están dando, hayan encontrado eco para adoptar determinaciones que extirpen una plaga social cuyas consecuencias se tocarán alguna vez, y entonces se desplegará todo el lujo de precauciones, fuerzas y castigos necesarios para reprimir protestas justísimas, represalias merecidas, venganzas hijas de la desesperación a que se ha conducido a una clase por cuyo mejoramiento y bienestar tenían el deber de preocuparse aquellos que luego comentan airadamente los naturales efectos de la más infame codicia o de su criminal abandono.

Es inconcebible que en nuestros días se conserven tales costumbres sin que la indignación de las personas honradas estalle y se manifieste en enérgicos y radicales remedios, ya que los interesados, por su miseria moral y material, no son capaces de sacudir el yugo a que están sujetos. Es claro que buenos propósitos no faltan, como lo demuestran los voluminosos tomos en que constan tantos discursos e informaciones como sirvieron de base a la Comisión para el mejoramiento de la clase obrera; pero algo más que palabras necesita nuestro pobre país para salir de la postración en que se halla.

Otro de los asuntos que se relacionan con los pagos, es la absoluta perversión de sentido moral que preside a todas las operaciones de la sierra; ni se hace de buena fe un desmuestre de mineral, ni un peso exacto, ni un pago completo. Es curioso ver cómo se halla admitido como cosa natural y corriente el que al cargar carros y caballerías, o no se manifieste lo que transportan para pagarles menos de lo debido, o se mienta descaradamente, asegurando que llevan carga menor de la que en realidad transportan, y si por acaso algún desgraciado protesta, se el increpa duramente o se le arroja del trabajo. Los robos de mineral, dinamita, etc., no se consideran cosa penable ni degradante, sino todo lo contrario; hallándose amparados por entidades que realizan con ello pingües ganancias, confirmándose lo que manifesté al principio de estos artículos, de que, en realidad, de los productos de Sierra Almagrera no han disfrutado ni accionistas ni obreros, sino esa turba de especuladores e intermediarios que malversando capitales, destruyendo minas, esquilmando operarios y procurando engañar a todo el mundo, han impuesto a la minería de esta región el triste carácter que la distingue.

1899

Francisco FERNÁNDEZ VILLEGAS, “Zeda”



(Murcia 1856-Madrid 1916). Conocido con el seudónimo de Zeda, fue un literato español nacido en Murcia en el siglo XIX en una familia de procedencia castellana, que siendo niño se trasladó a Salamanca donde estudió Filosofía y Letras, y estableció un colegio del sistema Froebel, siendo de los primeros en introducir en nuestro país la moderna escuela de pedagogía. Traslado su residencia a Madrid, donde se doctoró y destacó como periodista, escribiendo artículos para *La Monarquía*, que se transformó en *La Libertad*; posteriormente y hasta su fallecimiento lo hizo para *La Época*, aunque también escribió esporádicamente para *Vida Nueva* y otros. No se dedicó exclusivamente al periodismo, ya que publicó novelas, cuentos, comedias y refundiciones de teatro clásico. Entre sus obras podemos destacar *Salamanca por dentro*, es una monografía de la capital; *Por los Pirineos*, es una colección de artículos de viaje; *La novela de la vida*, *Desamor*, *La Fábrica*, *La Alquería*, *Día de prueba* y *Sin Rumbo*.

La Crónica Meridional, en las páginas una y dos del número 11.912, de 29 de marzo de 1899, reproduce un artículo que Zeda publicó con el título “Una semana en Almería” en el semanario madrileño *Vida Nueva*.

UNA SEMANA EN ALMERÍA

Con este título ha publicado el siguiente notable artículo el semanario madrileño *Vida nueva*, debido a la elegante pluma del conocido y reputado escritor D. Francisco F. Villegas (Zeda).

Lo reproducimos con el mayor gusto por rendirse en él justicia a la cultura de nuestra ciudad, lo que contrasta con los juicios emitidos por otro periodista de la Corte, cuyas apreciaciones e inexactitudes han alcanzado estos días tan generales como merecidas censuras.

Dice así el Sr. Villegas:

Hace la friolera de más de treinta años que hice mi primer viaje a Almería. A pesar de que entonces apenas había cumplido yo los ocho años, lo recuerdo como si fuese ayer. Se tomaba en Madrid por la noche el tren de Murcia, y se llegaba a esta ciudad, al día siguiente a media mañana. De allí, en una diligencia tirada por seis caballos, se salía, desemperando las calles, camino de Lorca, donde, al cabo de siete u ocho

horas de marcha hallaba el viajero cama dura, cena detestable y hospedaje ruinoso, con acompañamiento de campanileo de mulas, rasgueo de guitarras y cantares de carretero. En Lorca se alquilaba, pagándola muy bien, una galera capaz de triturar el hierro cuanto más huesos humanos, y subiendo y bajando cuevas polvorientas, durmiendo en mesones infames, deteniéndose aquí para herrar una mula, parándose más allá para arreglar la llanta de una rueda, descubriéndose al cabo de tres o cuatro días inacabables los rojizos muros de la Alcazaba, a cuyos pies extiende Almería su blanco caserío.

No es, pues, de extrañar que el 99 por 100 de los españoles de las demás provincias, la conociesen tan sólo por el nombre, o a lo sumo por el mapa.

Hoy, aprovechando el expreso, que hará dos viajes por semana, el viajero que salga de Madrid a las seis de la tarde llegará a Almería antes de las doce de la mañana del día siguiente. Desde el punto de vista de la rapidez de las comunicaciones, la ciudad andaluza ha ganado mucho, y seguro además es que dentro de poco su industria y su comercio habrán aumentado de un modo considerable. En cambio, mucho me temo

1898-99

Francisco FERNÁNDEZ VILLEGAS, "Zeda"



que gran parte de su poético orientalismo y de sus costumbres típicas, se borrarán ante la influencia igualitaria del vapor.

Almería es una ciudad moruna. Días pasados la contemplaba yo desde una almena del torreón más alto de su vieja Alcazaba. En medio de una extensa vega, y como recostada perezosamente en la ladera de una montaña, Almería parece contemplarse complacida en las azules aguas del Mediterráneo. El caserío, mirado a vista de pájaro, me ofrecía el aspecto de un plano en relieve ¡Qué cuadro tan hermoso! Blancos edificios de poca altura, coronados de azoteas o terrados en cuyo centro se alza una torrecilla a modo de alminar; palmeras que levantan sus copas por entre las casas, paseos orlados de castaños cubiertos ya de hojas, montes lejanos, como envueltos en azules gasas, y por la parte del mediodía el mar resplandeciente, rizado por ligeras olas, coronadas de leves copos de espumas. Un bergantín de ancho y blanco velamen salía en aquel instante del puerto, empujado suavemente por la brisa.

Durante mucho tiempo estuve saciando mis ojos en aquel hermoso espectáculo y dejando vagar mi fantasía por los espacios del ensueño. Reedifiqué con el pensamiento los desmoronados muros del castillo; contemplé con la imaginación las barreadas puertas de la fortaleza, sus anchos patios, sus torres y barbacanas

pobladas de soldados de atezados rostros, envueltos en blancos alquiceles, y hasta imaginé ver allá, tras el ajimez de un torreón distante, el rostro pálido de una cautiva cristiana contemplando con infinita tristeza la nave que mar adentro iba empequeñeciéndose conforme se alejaba con rumbo a no sé qué playas distantes...

Y la memoria me puso como delante de la vista los dos hechos más importantes de la historia de Almería: la conquista de la ciudad por Alfonso VII y su entrega a los Reyes Católicos por el desgraciado Zagal, y pensé con pena en la tristeza del achacoso rey moro al ver tremolar en la alcazaba los estandartes de Aragón y de Castilla...

Pero no es posible que dure la tristeza en aquel país privilegiado... La melancolía que en mi alma acababa de evocar la sombra de los cuarteados muros se desvaneció tan pronto como descendí del cerro en que se asienta el viejo castillo. Con decir que era el día aquel día de toros, pueden formarse idea mis lectores del aspecto que ofrecería la ciudad.

DIA DE TOROS Y FIESTA

Camino de la plaza, que es de parecida arquitectura a la de Madrid, caminaban coches de toda forma y, a decir verdad, de todas épocas: desde la carroza,



La plaza de toros de Almería (1888), según litografía de H. Navarro de Vera.

creo yo que del tiempo de los Reyes Católicos, hasta la manuela que “padecemos” en Madrid; desde el landau elegante arrastrado por briosos caballos andaluces, hasta la “góndola” tirada por jacos adornados con vistosos jaeces y ruidosas campanillas.

Pronto estuvo la plaza llena de bote en bote. A cada mujer hermosa, y las había a centenares, que aparecía en un palco o en una grada, los hombres aplaudían con grandísimo y justificado entusiasmo ¿Y como no? Añadid a la bizarría y gentileza propia de la mujer andaluza el atavío de las majas de Goya; imaginad entre los juguetones madroños de una graciosa mantilla un palmito de tez morena, unos ojos negros en cuyas sombrías pupilas parecen palpitar enloquecedoras promesas, una boca de grana que al sonreír deja ver dientes de deslumbrante blancura, y decidme si el homenaje rendido a semejante hermosura no era tan sincero como justo.

Y la corrida fue como los aficionados esperaban y apetecían: bravos los toros, afortunados los diestros y varios y emocionantes los episodios de la lidia... No hubo hule. Para asistir a la corrida se habían despoblado los pueblos vecinos, y esto me permitió ver reunidos y mezclados en las graderías de la plaza tipos auténticos de las diferentes regiones de aquella comarca: el rudo alpujarreño, cuyo semblante cetrino y miembros ágiles hacen pensar en los fieros parciales de Abén Humeya; el cultivador de las vegas almerienses; el minero de Sierra de Gádor y Almagrera; y el pescador, cuyo barco amarrado en el puerto, saldrá al día siguiente, al romper el día, a tender sus redes traicioneras bajo las ondas azuladas.

Durante la fiesta taurina las botellas de champagne y manzanilla circulaban por los palcos y la bota de rico vino amontillado por los tendidos y gradas. En todas partes reinaba la alegría y el bullicio, comunicando a todo aquel cuadro tanta vida y color como no he visto nunca en la plaza de Madrid, en donde la “fiesta nacional” tiene no sé qué carácter de solemnidad... casi casi científica.

De buena gana, si no temiera incurrir en pesadez, describiría aquí los fuegos artificiales a los que hube de asistir en un bote, bogando por la bahía entre otros barcos llenos de espectadores, cuyas risas y conversaciones interrumpían el monótono rumor de las olas. ¡Y qué fuegos, y sobre todo, que cohetes! Cada uno de éstos parece una bomba lanzada por un obús, algunos mal dirigidos venían a caer al mar, cerca de nuestro barco y yo me acordaba con espanto de mi buen amigo el ingenioso y graciosísimo escritor D. Luis Taboada.

También omito hablar de las regatas, de los banquetes, de los bailes, de las excursiones por mar y tierra que hubimos de realizar en aquellos inolvidables días. Describir las fiestas a que hemos asistido los invitados a la inauguración del ferrocarril de Almería, sería el cuento de nunca acabar. Baste con decir que todas han dejado en mí un recuerdo imperecedero, y que en el breve tiempo pasado en la hermosa ciudad, he adquirido más amigos que en otras partes durante largos años.

Pero si paso por alto muchos de estos recuerdos que ahora acuden a los puntos de mi pluma, y que con pena prescindo de ellos, he de mencionar las veladas que se celebraron en el Círculo Literario. Esas veladas me demostraron que se rinde ferviente culto al arte en Almería. En ellas oímos versos verdaderamente notables, rebosantes de gracia y de ingenio del Sr. Gil; una poesía delicada y tierna del Sr. Aquino; composiciones notables de los Sres. Burgos Tamarit, de D Antonio Ledesma y de D. Antonio Rubio; y un oportuno y elocuente discurso, del Presidente del Círculo Sr. Langle.

Galantemente invitado mi amigo D. Carlos Luis de Cuenca, redactor de la “Ilustración” y uno de nuestros primeros poetas festivos, recitó varias de sus composiciones chispeantes, graciosísimas, en las cuales no se traspasan jamás los límites de lo cómico, y que fueron ruidosamente aplaudidas.



Vista de Almería, sobresaliendo la torre de la catedral, tomada desde la punta del muelle. Litografía ejecutada por Hilario Navarro de Vera en 1877. Parte central.

Y si aquella velada, a la que asistió lo que hay de más ilustrado y distinguido de Almería, evidenció a mis ojos el alto nivel que alcanza la cultura literaria de la población, la parte musical, que se componía de obras de Wagner, Meyerbeer, Gottschald, Chopin y Donisetti, me demostró el buen gusto de las hermosas hijas de la linda ciudad. Las señoritas Doña Aurelia Villegas, Doña Carmen García Abad, Doña Ana Fernández Lerena, Doña Georgina Fernández y Doña Angelina Rodríguez, son verdaderas profesoras de piano. El alma de este florecimiento del arte musical en Almería, es D. Enrique Villegas, fanático por el arte lírico, entusiasta por las obras de los grandes maestros y artista, en fin, que ha logrado difundir en Almería la pasión por la música, pasión de la cual nos dio excelente muestra la señorita Doña Fernanda López cantando la cavatina del primer acto de "Lucía", como no la cantan muchas estrellas de las que hemos aplaudido en el teatro Real.

La visita del Orfeón de Cataluña estaba anunciada como uno de los números más interesantes de los festejos almerienses. La expectación con que se le aguardaba, no defraudó las esperanzas de la población. En el paseo del Príncipe lo oí. Uno de sus cantos fue la Marsellesa: el vigoroso himno de Rouger de Lisie, evocador de glorias inmemorables y de enormes monstruosidades, entonado por voces varoniles, cuyos ecos vibraban vigorosos en medio del silencio de la noche,

me hicieron experimentar una de esas emociones intensas que ponen lagrimas en los ojos y latidos no sé si congojosos o gratos en el corazón.

Además Cataluña fraternizando con Almería, la raza severa e industrial del Principado saludando a la ciudad casi africana y recogiendo como premio a su visita las aclamaciones de aquel pueblo meridional, eran como el sello de la solidaridad de nuestras provincias, más necesitadas ahora que nunca de estrecharse en íntimo abrazo y de compartir sus alegrías y de coadyuvar juntas como hermanas a la prosperidad y engrandecimiento de la patria.

INAUGURACION DEL FERROCARRIL

Cuando se ha pasado en la hermosa ciudad de Almería toda una semana y, por consiguiente, se ha disfrutado de su temperatura, delicia de los pulmones fatigados; de su cielo, regocijo de los ojos; del aroma de sus huertos deliciosos, y además de todo esto, de tantas y tantas cariñosas atenciones y deferencias, como no olvidará nunca el que esto escribe, es poco menos que obra de romanos decidirse a partir de aquel precioso rincón de España. Acontece al viajero que tiene que abandonarla algo de lo que le sucede al amante cuando se ve obligado a apartarse de la mujer querida: siempre le parece demasiado pronto. "No es la alondra —decía Romeo—, es el ruiseñor".



Obreros, técnicos y empresarios posan delante de un vagón de ferrocarril que cubría la línea de Almería. (Colección IEA).

Todo llega y llegó para mí el momento de verme instalado en coche de ferrocarril, el primer día (21 del corriente) en que empezaba la explotación de la línea en toda su extensión desde Almería hasta Baeza.

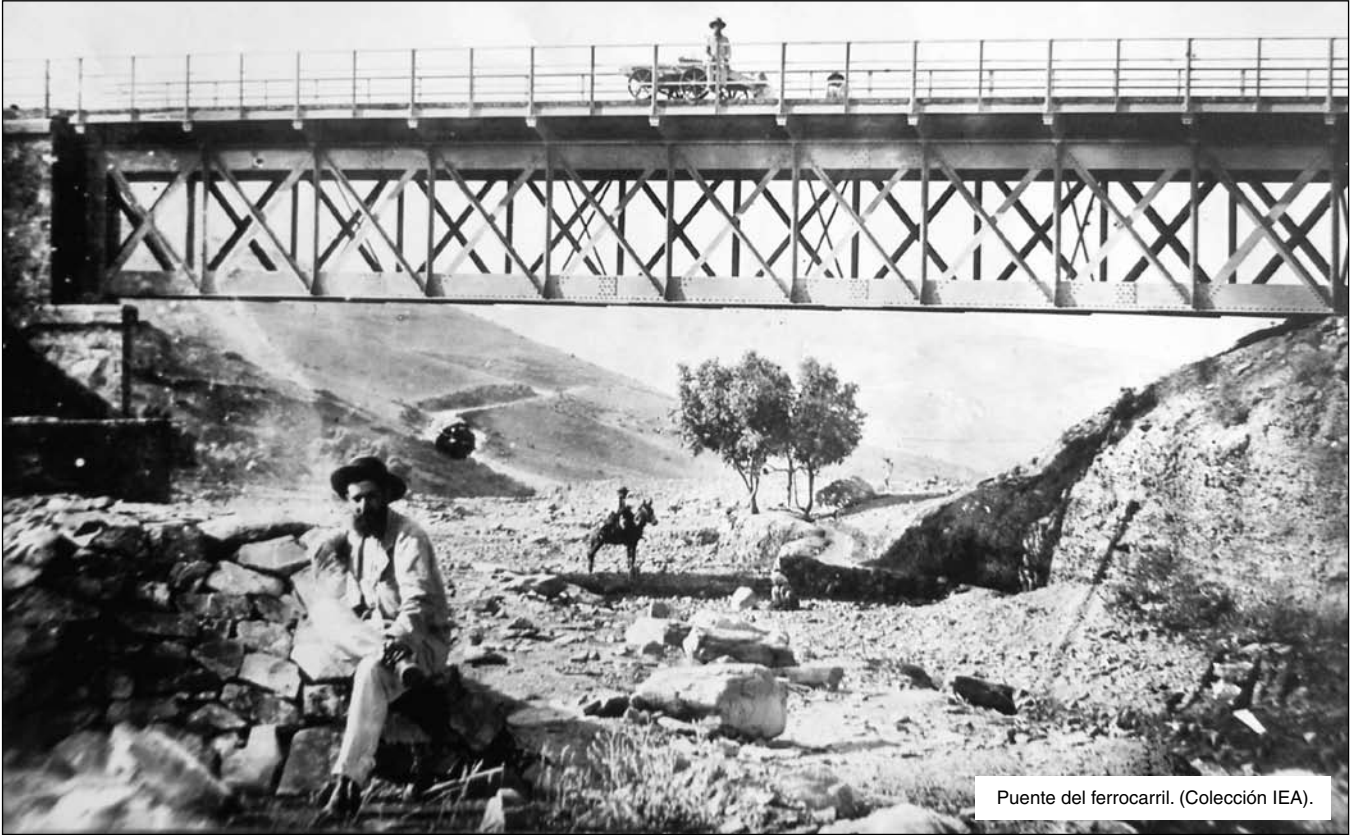
Me deparó mi buena suerte por compañeros de viaje dos almerienses de gran cultura, conocedores de su país y propietarios además de predios y minas en aquella provincia. Silbó el tren, estreché la mano de cariñosos amigos y parientes, dirigí una última mirada a la ciudad y al mar azul que resplandecía a los rayos del sol de la mañana, y, momentos después, caminaba arrastrado por la locomotora camino de Madrid.

El tren, después de recorrer una parte de la vega de Almería, a cubierto hoy de inundaciones gracias a las obras realizadas bajo la inspección del que fue comisario regio cuando las últimas avenidas, señor marqués de Aguilar de Campoo, se engarganta entre los cerros de Sierra de Gádor y sigue caminando a la izquierda de Sierra Nevada, que con su blancura deslumbrante justifica su nombre.

Entre mis compañeros de viaje y yo se entabla animada conversación acerca de Almería, y de ella (de la conversación) doy aquí ligero resumen, creyendo que los datos que me facilitaron mis compañeros de coche no carecen de interés.

Ante todo he de decir que de sus palabras se desprendía un afecto tan simpático a su tierra natal y una esperanza tan lisonjera de prosperidad para su país, que yo los escuchaba con la complacencia con que siempre se oye la expresión de afectos nobles y generosos.

-Pronto –decía D. Francisco Roda, uno de los viajeros- se advertirá en esta tierra, hasta ahora casi olvidada por el resto de España, un rápido desarrollo en su industria, y por consiguiente en su riqueza. Y si además de la construcción de este ferrocarril, que acaba de inaugurarse, se cumplen, como yo creo que se cumplirán, los nobles propósitos del Sr. Bosch, deseos que expresó elocuentemente en el banquete con que el Ayuntamiento obsequió a los invitados a las fiestas, y viésemos en breve plazo terminadas las líneas que han de completar la red de los ferrocarriles del Sur de España, nada tendrá que envidiar Almería a las ciudades de mayor prosperidad de la Península. Sin ir más lejos –añadió señalando una colina que se divisaba a la falda de la sierra- ¿ven ustedes aquel cerrillo sobre el cual se destaca una aldea? Es Alquifé... El cerro forma como un enorme bloque de hierro eruptivo, y la compañía que explota ese mineral piensa construir el pueblo no lejos del lugar en que hoy se halla y llevarse, tonelada a tonelada, el montículo. Esta explotación del hierro es posible hoy a causa de la existencia del ferrocarril; sin él, esta riqueza se perdería porque el precio de los transportes sería mayor que el beneficio.



Puente del ferrocarril. (Colección IEA).

-Algo de eso –apunté yo- ha debido suceder con los plomos. He visto en el camino del Cañarete un cuadro que me ha impresionado tristemente: una fábrica de fundición de aquel mineral reducida a escombros; las chimeneas desmoronadas; las bóvedas de la galería hundidas a trechos; los hornos convertidos en montones de piedras. Siempre es triste la vista de las ruinas, pero cuando éstas son de un edificio industrial de fecha reciente, hacen pensar en no sé qué especie de vigorosa juventud malograda...

-Muchas ruinas como esa ha ocasionado, en efecto, la depreciación de los plomos; pero estas crisis son pasajeras y pronto terminarán con las nuevas fuentes de riqueza con que hoy cuenta Almería.

-Si usted viniera por aquí allá para el mes de agosto –dijo entonces otro de mis compañeros de viaje, el ex-senador Sr. Casinello- tendría Vd. ocasión de estudiar una de las ricas industrias de Almería: la recolección de la uva.

-Recuerdo haber visto –le interrumpí- un cuadro que representa un episodio de las faenas relativas a aquella recolección.

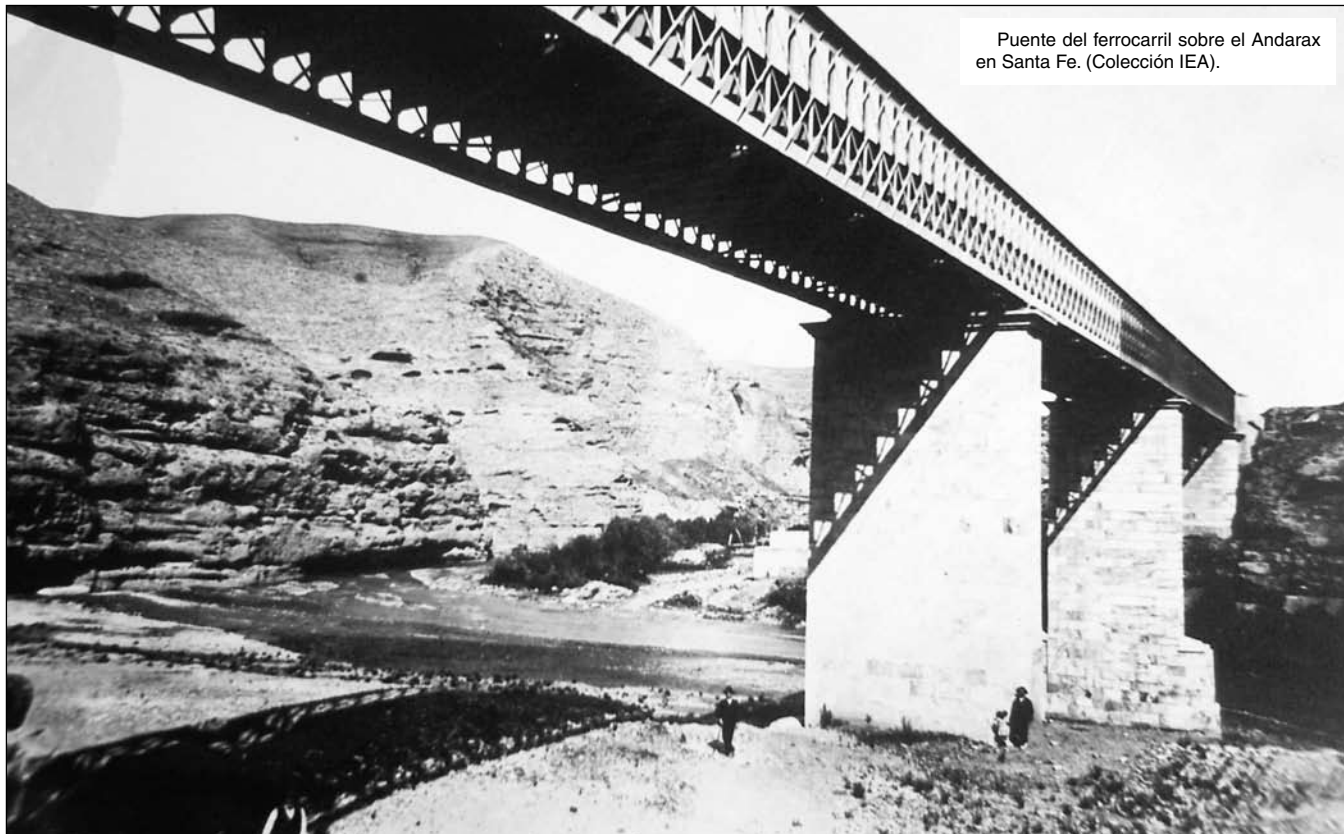
-Esa industria –siguió el Sr. Casinello- es la que da mayores rendimientos, hasta el punto de que yo mismo he echado a perder tierras mías de excelente calidad, dedicadas al cultivo del trigo, para emplearlas en la plantación de parrales. De lo que representa esta industria podrá usted formarse idea con solo decirle que se acerca a un millón de barriles el número de los que Almería exporta de tan rico producto.

Y hay que ver, en efecto, lo que es esta uva, caldeada por el sol de Andalucía, jugosa, tan suave a la vista como al tacto y paladar, tersa y turgente en todo tiempo. Es curioso su cultivo: la cepa de raza, como si dijéramos el macho, se une con la hembra, otra de inferior calidad llamada “molinerá”; los parrales trepan bien pronto por extensos tinglados de alambres; los sarmientos se agarpan (no respondo de la exactitud del vocablo) unos con otros, como brazos amorosos que se enlazan trémulos de pasión; el alambre se cubre de hojas y el fruto nuevo, hijo de aquellos misteriosos amores, crece al abrigo de las anchas y entrelazadas hojas. Madura ya la uva; se procede a su vendimia y embalaje; hácese éste en toneles, cuya madera procedía antes de los Estados Unidos, y que desde la guerra ha sido sustituida con

1898-99

Francisco FERNÁNDEZ VILLEGAS, "Zeda"

Puente del ferrocarril sobre el Andarax en Santa Fe. (Colección IEA).



madera procedente de los pinares de Valencia; los racimos, convenientemente cortados, se colocan entre serrín de corcho y, una vez cerrados los barriles, se conducen al puerto, en donde numerosos barcos, de Inglaterra casi todos, los embarcan para Londres, Liverpool, Glasgow y Norteamérica.

En el resto de España apenas se hace consumo de tan exquisito fruto. ¡Cuesta menos llevarlo a Londres que traerlo a Madrid!

No hay que hablar de las industrias que nacen de aquella industria, tales como la de aserrado y fabricación de duelas, ni del número de trabajadores que a la sombra de ella se sostiene, ni de las relaciones comerciales que, como consecuencia de todo esto, mantiene Almería con otras naciones.

Y, sin embargo, justo es decirlo, adviértese en la ciudad no poca miseria, que se manifiesta en la abundancia de mendigos ¿Nace esto de la pobreza del país, o de cierta pereza, explicable por el clima, por lo exiguo de las necesidades, por la sangre de gran parte de sus habitantes, descendientes de la perezosa sangre de los árabes?

No lo sé, peor me inclino a creer lo último. Ya en Atenas, el primero de sus escritores cómicos se burlaba de sus conciudadanos porque tenían bastante para su nutrición con un par de sardinas y otras tantas cabezas de ajos. En Almería la vida está libre de todas las rudezas y de casi todas las inclemencias de los pueblos del Norte. Un poco de pescado a precio inverosímil por lo barato y unas cuantas frutas o legumbres bastan para el sustento de una familia; al cielo raso puede dormirse con la misma comodidad con que se duermen en otros países entre cristales; el fuego y el abrigo no hacen falta. El clima, además, es enervante, el cielo hermosísimo, el país bello como pocos... ¿Qué mucho que aquellos nietos de los árabes y africanos en vez de preocuparse en rudas faenas, necesarias en otras partes para defensa de la vida, se contenten allí con el placer de vivir, sin pensar en el mañana y sin cuidarse de otra cosa que la de soñar desiertos o dormidos a la sombra de sus plátanos y palmeras?

De suponer y de desear es que Almería, con sus nuevas vías de comunicación, despierte de este "dulce farniente" en que desde hace mucho tiempo está como postrada. El silbido de la locomotora es un gran despertador de pueblos.

LA ISLA DE ALBORÁN

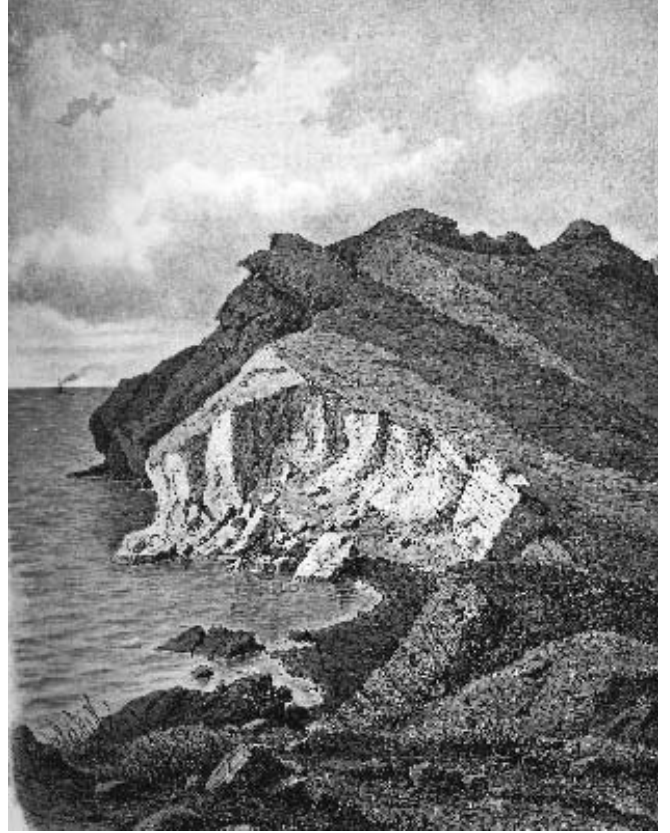
I

El vapor *Numancia* es un barco de 600 toneladas, de elegante casco y gallarda arboladura, todo él muy aseado y coquetón, de no muy rápida, pero sí cómoda marcha y valiente como él solo para desafiar y vencer los temporales. Su capitán, D. Pedro Gallard, *se lo sabe de memoria*, y en los innumerables viajes que con él ha hecho de Almería a Orán y de Orán a Almería, el elegante barco no padecido el más leve contratiempo. Es un gusto verle cruzar lentamente la bahía, ganar después la boca del puerto y alejarse luego mar adentro, columpiándose gentilmente. Viéndole marchar me decía cierta tarde una graciosísima andaluza:

-¿Vé usted que buenos andares tiene?

A bordo de este vapor de *los buenos andares*, galantemente invitados por su dueño, el acaudalado armador D. Joaquín Acuña, salimos de Almería con rumbo a la isla de Alborán, los doctores Spreáfico y Donoso, los distinguidos aficionados a las variedades del *sport* náutico Srs. Pérez, Bedel y Villegas, y el que en calidad de agradecido cronista escribe estos renglones.

A todos mis compañeros de excursión envió desde aquí mis cariñosos saludos y muy particularmente, al doctor Spreáfico, gloria legítima de la cirugía española. Médico actualmente en los baños de Archena, el Sr. Spreáfico ha pasado las vacaciones de verano en Almería, y durante su estancia en la hermosa capital andaluza, ha derramado a manos llenas los benéficos de su ciencia y de arte maravilloso, gratis et amore, en beneficio de innumerables desgraciados. No ha pasado día sin que practicase alguna operación difícilísima, y con tan buen acierto y tan segura mano, que ni uno siquiera de los operados ha muerto. ¡Y qué operaciones! Extirpaciones de la matriz, curas de tumores cancerosos, amputaciones atrevidas... ¡qué se yo!... Y más todavía que su talento y habilidad, admiro en el sabio doctor su celo en pro de los enfermos, su caridad, su amor al prójimo y su entusiasmo por la ciencia. No han sido muchas las veces que he tenido la honra de conversar con él, pero con ser poco lo que le he tratado, bastante ha sido para sentir por él grande y respetuosa admiración. La ciencia practicada como la practica el Sr. Spreáfico, es honra de la humanidad.



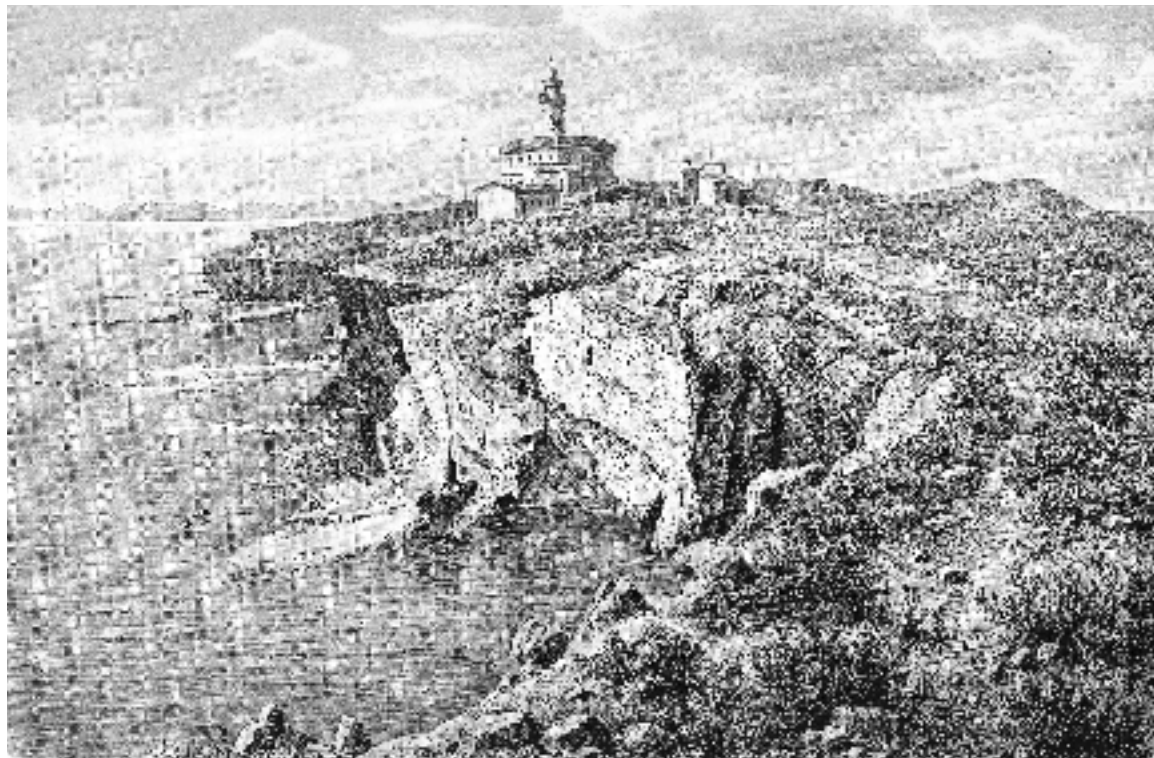
Todas las imágenes que ilustran este trabajo sobre la isla de Alborán, excepto la última, pertenecen al libro del Archiduque de Austria, Luis Salvador. *Alborán*. Impreso en Praga en 1898.

Vuelvo al relato de nuestra excursión.

La noche era deliciosa, suave el movimiento del barco, fresca la brisa y muy grata para mí la compañía.

El viaje del *Numancia* tenía por objeto realizar varias misiones: llevar víveres a la isla de Alborán, conducir a ella a los ingenieros que iban a trazar la meridiana del faro y transportar a los *pesca*dores que se proponían "sembrar el terror entre los peces del canal". Durante la travesía, que duró unas 8 horas, varios marineros preparaban los aparejos de pesca llamados palangres, los cuales consisten en cestas planas, de las cuales penden largos y resistentes hilos erizados de anzuelos bien previstos de carnaza.

Mientras se hacían tales preparativos, los expedicionarios, sentados en la cubierta del barco, charlamos larga y sabrosamente. Hablóse de mil cosas diversas, refiriéndose estupendas aventuras piscatorias, y, entre sorbo y sorbo de cognac, respirando con delicia el aire del mar, vimos aparecer y desaparecer el faro de cabo de Gata primero, y el de Punta Elena, después, y por



último, luchando contra la indecisa luz de la alborada, brilló a lo lejos el de la isla de Alborán. Dos horas después se destacaba ante nuestros ojos la isla, semejante por su forma a un monitor de guerra en el cual hacía de chimenea la alta torre del faro.

Apenas se hubo detenido el *Numancia*, destacóse de tierra un botecillo tripulado por dos hombres, y a los pocos minutos estuvo al costado del vapor. Uno de los marineros preguntó por el capitán de nuestro barco. El dueño del *Numancia* se acercó a la borda:

-¿Qué es ello? Una voz contestó desde el bote:

-Somos tripulantes del falucho *Pepita*, que el día 11 se perdió a la vista de Alborán, y venimos a pedir que nos conduzcan a Almería.

-¿De dónde veníais?

-De Melilla.

-¿Con qué cargamento?

-Volvíamos a *Águilas* en lastre.

-¿Cuántos íbais en el falucho?

-Cinco hombres.

-Está bien; a las tres regresaremos a Almería. Cuando queráis podéis venir a bordo.

Dio las gracias el del bote, y el que había hablado y su compañero se dirigieron a la isla remando vigorosamente.

Poco después, cuando ya el sol derramaba sus rayos como una cascada de oro sobre las temblorosas aguas, varios de nuestros compañeros se embarcaban en dos lanchas del vapor, tripuladas por robustos marineros, y bien provistos de los susodichos palangres.

Es de advertir que en aquellas aguas se da cita lo más escogido del mundo ictiológico: allí el feroz tiburón y la enorme tintorera giran como grandes barcos submarinos entre bancos de plateadas sardinas; allí luce, bajos las aguas de admirable transparencia, su viscosa piel pintada de complicados arabescos la feroz *morena* o *micrena*, pez que, nutrido con carne de esclavos, deleitaba el paladar de los degenerados patricios de Roma; allí el sabroso mero, el pardo cazón, el rojizo besugo pueblas las profundidades del mar, luchando y reluchando, se despedazan y devoran con el mismo furor, sobre poco más o menos, con que los hombres se combaten y aniquilan en la tierra.

La pesca es en aquellos mares difícil y peligrosa, y en esto sin duda consiste uno de sus mayores atractivos. Sin temor alguno a las encontradas corrientes del canal y a lo fuerte del oleaje, nuestros compañeros se alejaron del *Numancia* y comenzaron a calar sus palangres, un tanto que los ingenieros, y yo con ellos, saltábamos en otro bote y nos diríamos a la isla de Alborán.



Está situada esta isla entre España y África, a 18 o 20 leguas de cada una de ambas costas. En los días claros entrévese en el horizonte por el lado Sur la cumbre del cabo de Tres Forcas, próximo a Melilla, y por el lado Norte, la cima nevada del Mulhacén. En el centro del islote, que es de forma triangular, poco más grande que el salón del Prado y de unos 20 metros de elevación, destácase con una altura de otros 20 metros de elevación la torre circular del faro que señala la entrada del canal que termina en el Estrecho.

Nada tan triste y desolado como aquel montículo, perdido en la soledad de los mares y continuamente socavado por las olas, las cuales, andando el tiempo, acabarán por devorarlo. No hay en la isla ni un árbol, ni un arbusto ni una fuente; sólo, de trecho en trecho, manchan la tierra raquíuticos yerbajos. En todo lo que alcanza la vista no se descubre más espectáculo que la monótona llanura azul, de cuando en cuando interrumpida por blanca vela lejana o por la arboladura de algún vapor que pronto se pierde tras el horizonte.

Cuando llegamos al mísero embarcadero del islote vimos a pocos metros de la costa el desvencijado casco del *Pepita*, acariciado por las olas que pocos días antes lo habían despedazado.

En la casa del faro viven con sus respectivas familias cuatro torrerros. Como es de suponer, el día de la llegada del vapor es fiesta grande en la isla. Al poner el pie en ella nos encontramos gratamente sorprendidos por un grupo de niños sanos, como manzanas, tostados por el sol y que nos miraban con curiosidad y asombro parecido a los que debieron sentir los habitantes de Guananí cuando vieron saltar a tierra a Colón y a sus atrevidos compañeros.

Unas cuantas monedas, repartidas entre los chielos, nos granjearon su confianza y simpatía, y precedidos por ellos entramos en el edificio. Pasado el ancho portalón, nos encontramos en un patio cuadrangular, de cuyo centro arranca la torre del faro. El patio, coronado en todo su perímetro por una galería, dan las puertas de las cuatro viviendas de los torrerros.

Lo primero que nos topamos al entrar en la casa fue un hombre que tenía la cara entrapajada, que apenas contestó a nuestro saludo y que iba y venía por el patio como un loco.

-¿Qué le pasa a este pobre hombre? —preguntamos. Y no sé quien nos contestó:

- Hace ocho días que tiene un dolor de muelas rabioso. Durante todo este tiempo no se sosiega.

El hombre, en tanto, había subido a la galería, y se paseaba por ella con las manos en los carrillos, dando cada rugido que ponía carne de gallina.

Entre los habitantes de la isla hay dos lindas muchachitas de tez morena y ojos rasgados, en los que brilla un no sé qué de soñador y melancólico. Las dos jóvenes visten con cierta coquetería y nos ofrecen conchas y caracoles que, según nos dicen, recogen a la caída de la tarde en los arrecifes del islote.

-¿Y cómo pasan ustedes aquí la vida?— pregunto a una de las muchachas.

*-Ya puede usted figurárselo: después de terminar los quehaceres de la casa, nos sentamos a la sombra del edificio y o hacemos labor o leemos los periódicos que llegan, como ve (sobre la mesa había un pequeño paquete de *Imparciales*), cada quince días. Por la tarde nos entretendemos en recoger conchas, que luego, por la noche, distribuimos según el tamaño y el color.*



-A veces –dijo uno de los torreros- se presencia desde la isla escenas horribles. Un día pasó arrastrado por la corriente, a pocas brazas de la costa, un naufrago abrazado a un barril. Cuantos esfuerzos hicimos para salvarle fueron inútiles. Al cabo de unos minutos le vimos desaparecer entre las olas. No le veíamos ya, y aún oíamos su voz desesperada pidiendo socorro.

-El otro día –saltó una de las jóvenes- pasamos un mal rato con el naufragio del Pepita, cuyo casco habrán visto ustedes. Se hundía por momentos, luchando en vano por acercarse a la costa. Todos estábamos en la costa, animando con nuestras voces a los tripulantes. Al fin lograron coger una de las cuerdas que nosotros les arrojamus. ¡Si usted hubiera visto! Todos, los hombres, las mujeres y hasta los niños tirábamos de ella, hasta que logramos que el fálucho embarrancase. ¡Qué alegría cuando vimos saltar en tierra sanos y salvos a los cinco marineros!...

-También tenemos aquí nuestras diversiones y hasta nuestros conciertos –dijo sonriendo la otra joven.

-¡Conciertos!

-Mire usted –siguió señalando a una de las paredes, de la cual pendía una guitarra.

El popular instrumento, compañero de los pobres desterrados y consuelo de sus nostalgias, simbolizaba allí a mis ojos el recuerdo de cuanto constituye la alegría de la juventud, la poesía, el amor, las serenatas al pie de la reja orlada de enredaderas de jazmines, la voluptuosa danza, el regocijo de las fiestas populares, todo, en fin, lo que vibra en las cuerdas de la guitarra, y que en aquel momento dormía en ellas como las notas en las del arpa de que habla el poeta... Y yo me imaginaba el concierto de que había hablado mi linda interlocutora: las familias de los torreros agrupadas frente al faro, cerca de la playa; y mientras la guitarra gemía en las manos de una de las jóvenes, la otra, con el cuerpo erguido, bañado por la luz de la luna, lanzando entre ayes y suspiros alguna de esas coplas andaluzas que encierran poemas de pasión...

Quizás más de un soñoliento navegante, al pasar alguna de esas noches cerca de la isla, habrá pensado que oía el cantar de las sirenas.

LA VIDA EN ALBORÁN

La existencia en la isla de Alborán es dura y peligrosa. Cuanto es necesario para vivir, el agua, el pan, el combustible... ha de llevarlo el vapor que para este



objeto sale quincenalmente de Almería. Acontece en ocasiones que, a causa del temporal, no pueden ser desembarcados los víveres, y entonces tiene que volverse el barco sin cumplir su cometido, dejando a los habitantes de Alborán en la situación angustiosa y desesperada que fácilmente comprenderán mis lectores. A veces ha llegado a sentirse en la isla el hambre y la sed, y no es cosa extraordinaria que aquellas pobres gentes tengan que ponerse a media ración. Para mayor penalidad de los *desterrados*, las vituallas, a causa del riguroso clima, se estropean en el espacio de muy pocos días; no pasan nunca ocho sin que la harina se florezca, el tocino se corrompa, y las hortalizas y frutas pierdan su jugo y lozanía.

Entre todos los torreros han comprado un botecillo y varios aparejos de pesca; pero son en aquellas aguas tan fuertes las corrientes y tan brava la mar, que raro es el día, y nunca sin peligro, en que puede intentarse la pesca. Y no es sólo, con ser grande, el de zozobrar que corren allí, los pescadores, sino el de ser devorado por los tiburones. En torno de la isla abundan éstos tanto que bañarse no es posible.

Algo remedian la escasez de víveres de que hablo más arriba los huevos que ponen las gaviotas en la isla, y con ellos y con los de las gallinas que forman parte

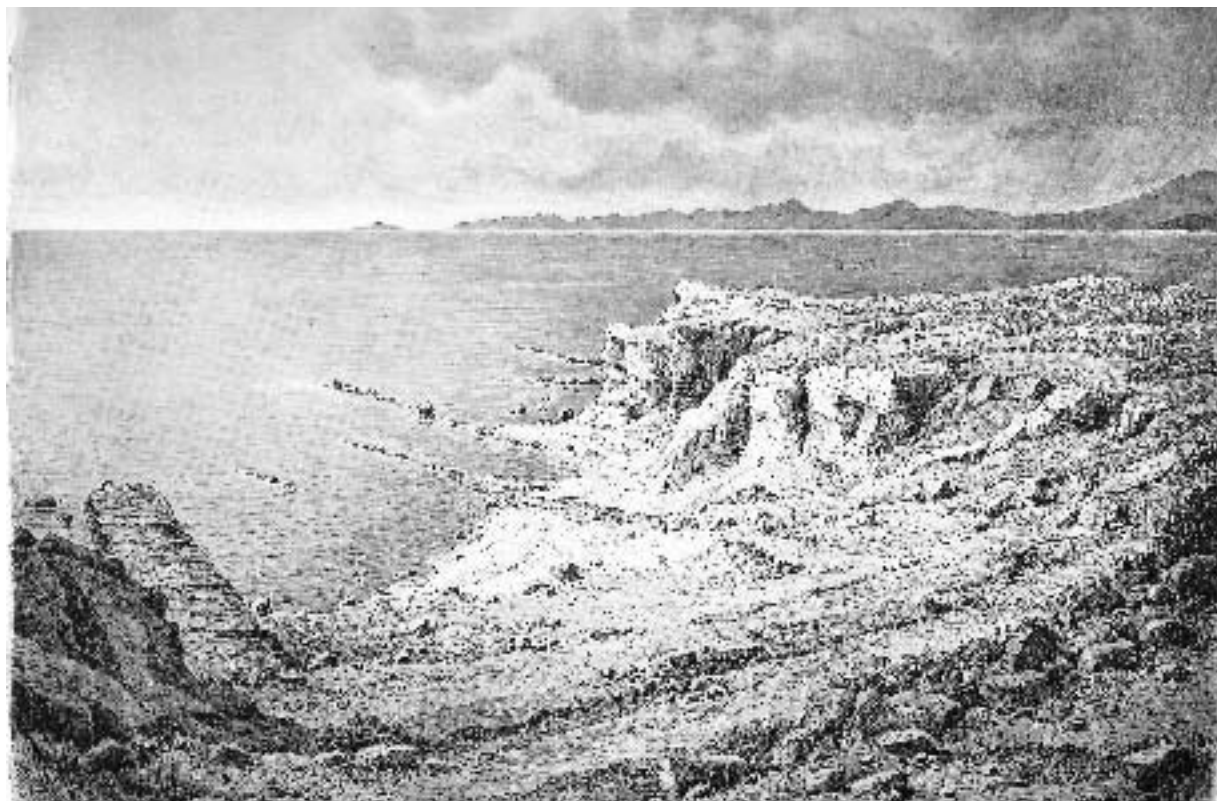
de *la población* de Alborán, puede hacerse frente a los apremios del hambre. Otro auxilio suele enviar a los torreros la Providencia. En la época de las grandes migraciones de las aves, parte de las bandadas que cruzan el Estrecho se precipitan sobre los cristales del faro, deslumbradas por su resplandor, y muchas de aquéllas se quedan en el balcón de la torre o muertas o atontadas. De este modo se verifica en Alborán milagro parecido al que sustentó en diferentes ocasiones a los hijos de Israel en su larga peregrinación por el desierto.

La monotonía y las penalidades de semejante vida y el tedio por ellas engendrado son causa de que los habitantes de la isla vivan durante largas temporadas como perros y gatos. Se han dado casos en que, unos por defender sus víveres, y otros por participar de ellos, han estado a punto de pelear sañudamente. No hace mucho dio cuenta el *Imparcial* de uno de estos tristes sucesos. En aquel islote, que apenas si mide 600 metros, es tan difícil la paz como en los nueve millones de kilómetros cuadrados de Europa.

Alborán tiene su historia, sus leyendas y sus tradiciones. En otro tiempo fue guarida de aquellos piratas argelinos que, en sus galeras y galeotas, llegaban hasta las costas del mediterráneo y saqueaban pueblos y cortijadas, llevándose cautivos a hombres y mujeres. Hasta el año 20 de este siglo duraron tales pitarías, particularmente en la provincia de Almería, tan próxima de África, que con viento favorable no tardan un barco de vela ocho horas en salvar la distancia que media entre ambas costas.

Aún en lo alto de la Alcazaba de Almería dobla o doblaba hasta hace poco ha, la campana de la *vela* cada vez que descubría una en el horizonte. Aquel tañido era el anuncio de la proximidad de los piratas. Entonces, los habitantes corrían a esconderse en el castillo o en la catedral, que es una verdadera fortaleza, y se defendían como Dios les daba a entender de sus terribles enemigos. No conozco los pormenores de la historia de Almería durante los siglos XVII y XVIII, pero no creo infundado suponer que muchos de sus hijos, apresados por los moros, remaron en las galeras berberiscas, y que más de una beldad almeriense lloró sus desventuras en los harenes de Orán, Túnez o Argel...

Decía que la isla de Alborán sirvió mucho tiempo de escala a los piratas argelinos, y añadiré que, cuando éstos, gracias a las armas francesas, dejaron de infestar



el Mediterráneo, el islote fue utilizado por los contrabandistas para almacén de sus alijos. Hoy Alborán no es más que el pedestal de un faro protector de sus navegantes.

Hace algunos años se estableció en la isla un marinero salvado milagrosamente de un naufragio. El hombre prometió no volverse a embarcar jamás. Más, como dice el personaje calderoniano:

*...no hay seguro camino
a la fuerza del destino
ni a la inclemencia del hado.*

Estaba de Dios que el naufrago fuese pasto de los peces. Ocurrió que un día el escarmentado navegante, olvidándose de su promesa, embarcó en un bote para salvar a unos naufragos, y con tan mala suerte que pereció ahogado a pocas brazas de la costa... Ni se encontró siquiera su cadáver:

*Porque es forzoso morir
si está de Dios que se muera...*

De índole menos dramática es lo que voy a referir. Cuando los sucesos de Melilla, se pensó establecer en

el islote una estación cablegráfica, y como se pensó se hizo. Construyóse un edificio ad hoc, que ya está en ruinas, destinándose a la nueva estación un oficial y un ayudante de telégrafos; y para que el servicio fuese completo, se nombró un ordenanza encargado de repartir los despachos. ¿Verdad que no deja de ser original la idea de nombrar un repartidor de telegramas en una isla en que no hay más que una casa?... Aunque, bien mirado, tal nombramiento no deja de ser lógico en un país tan previsor como el nuestro, en donde hay comandantes y oficiales que prestan servicios en barcos que no existen.

También tiene Alborán su historia de amores. El telegrafista a quien se confió la estación cablegráfica se casó en víspera de partir para la isla, y allí paso la luna de miel. O mucho me equivoco o para la enamorada pareja ni el jardín de las Hespérides pudo ser más hermoso que el islote de Alborán. Y si amas, lector, o has amado alguna vez, convendrás conmigo en que el amor puede convertir en un paraíso el más árido peñasco; porque, como dijo un gran poeta, "tal es la potencia del amor que con el infierno puede hacer cielo".

Durante las dos horas que permanecimos en la isla, examinamos todos los aparatos de alumbrado,



subimos a la farola (en donde reina una agradable temperatura aproximadamente de 60 grados) y vimos los aparatos de salvamento que se guardan en los almacenes del faro. Uno de aquéllos es verdaderamente curioso: consiste en una especie de trabuco, de cañón muy corto y muy ancho, cárgase con una cantidad bastante grande pólvora y se coloca a guisa de proyectil el cabo de una larga cuerda embutido en un mango de madera. Al ser disparada el arma, excepción honrosa entre las mortíferas armas de fuego, el mango de la cuerda sale con gran fuerza y alcanza a una considerable distancia.

-¿Para qué esos fusiles? -pregunté a uno de los toreros, señalando 5 o 6 Remington colocados en el armero.

-Para defendernos.

-¿De quién?

-Pudieran venir en sus cárabos los moros de Melilla.

-Esto es lo que nos falta –pensé yo- que las kábilas de Marruecos nos quiten la isla de Alborán, una de las pocas posesiones a que han quedado reducidos nuestras posesiones, en las cuales no se ponía el sol.

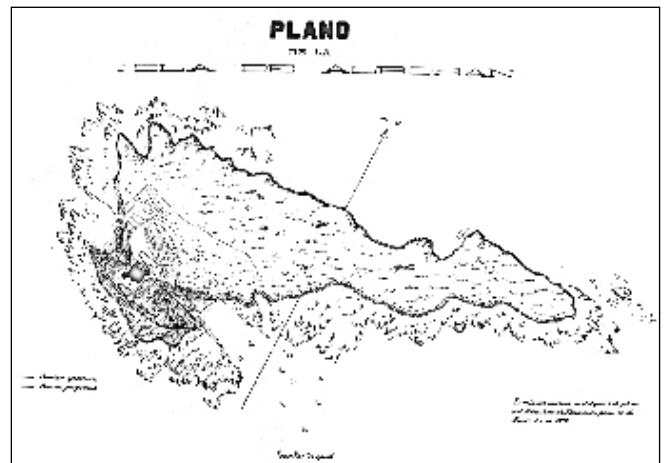
Dio fin a nuestra visita el silbato del *Numancia*, que nos llamaba a bordo con sus roncros y apremiantes silbidos. Fue preciso obedecer, y embarcándonos en el bote, en compañía de los náufragos, nos dirigimos al vapor. Nuestra lancha pasó casi rozando con el *cadáver* del falucho, y el patrón del *Pepita*, al ver flotar entre las olas el desvencijado casco, llevóse las manos a los ojos, sin duda para ocultar alguna lágrima. Después, como para disculpar su enternecimiento, nos dijo con voz conmovida:

-He navegado en él durante 20 años.

Pocos momentos después estábamos en la cubierta del *Numancia* contemplando la abundante pesca cobrada por nuestros compañeros.

Volvió a silbar el vapor, viró el barco lentamente para poner la proa hacia Almería, y con solemne lentitud primero y después con sus gentiles y cadenciosos *andares*, se alejó del islote, desde cuya orilla nos saludaron durante largo rato los habitantes de Alborán, amigos nuestros de un día, agitando sus pañuelos.

La Época, Madrid, 27-IX-1899



1899

Johannes J. REIN



(Rauenheim, 1835 – Bonn, 1918). Geógrafo alemán que cursó sus estudios universitarios en Giessen y se doctoró en Rostock en 1861; obtuvo la cátedra de Geografía en Manburgo en 1876 y en Bonn en 1883. Designado en 1888 miembro honorario de la Royal Geographic Society de Londres y de la *Nederlandische Aardrijkkunding Genootschap* Amsterdam. En 1895 fue elegido miembro del Consejo de Estado.

Rein visitó Sierra Nevada y como buen geógrafo se interesó más por los aspectos físicos y humanos, por ello reproduce en el libro que publicó tras este viaje, *Beiträge zur Kenntnis der spanischen Sierra Nevada* (Viena, 1899), el recorrido de los ríos que cruzan nuestra provincia, permitiéndole esto una breve descripción de Adra y Almería. Además, refleja la división de las Alpujarras en tahas y hace breves referencias a las capitales de las de la provincia de Almería (Berja, Canjáyar, Laujar).

El fragmento que a continuación reproducimos lo hemos extraído de las páginas 188-193 y 198-200 de la edición: Johannes J. REIN, *Aportación al estudio de Sierra Nevada*. Estudio preliminar de Manuel Ferrer. Granada, Caja General de Ahorros de Granada, 1994. (Colección Sierra Nevada y la Alpujarra).

ADRA

El río Adra, segundo de las Alpujarras, no se puede comparar con el Guadalfeo, ni en longitud, ni en importancia. Tiene un recorrido de apenas 40 km. en línea recta, drenando una superficie de 750 km². Su territorio está delimitado por Sierra Nevada al N., la Sierra de Gádor al E., la Sierra de la Contraviesa al S. y la Loma de Yátor al O., que lo separa del río de Bérchules (Guadalfeo). Nace con el nombre de río de Chullo junto al monte del mismo nombre, cerca del paso de la Ragua, de la que baja el arroyo de la Ragua, que se une a él a la altura de Bayárcal, para formar el llamado río de Bayárcal. Más adelante toma el nombre de otra localidad, Lucainena. 5 km. más adelante se une al río de Yátor, que baja por el O., para formar el río Adra, que toma su nombre del pequeño puerto situado junto a su desembocadura. El Yátor nace como río de Mecina, junto al cerro Lobo, en Sierra Nevada, y hasta llegar a la localidad de Yátor sigue, al igual que otros arroyos alpujarreños, una dirección predominantemente S. Luego vira hacia el E., recibe por la izquierda al río de Ugíjar, que en su curso alto

recibe el nombre de rambla de Nechite, y 6 km. más abajo de Ugíjar confluye por la derecha con la rambla del Lobo, que baja igualmente de Sierra Nevada. En la segunda mitad de su curso el río recibe el nombre de Adra y constituye la frontera entre las provincias de Granada y Almería.



Entrada a la ermita de San Andrés de Adra. (Foto de José Kappa, 1906).

La localidad de Adra, a la derecha del río y a poca distancia del mar, era hace sólo 50 años un lugar sin relevancia. Madoz no consideró dignos de mención ni sus accesos, ni su clima, ni sus productos. Pero desde entonces ha cambiado mucho. Hoy día cuenta con una población de 10.000 habitantes y está bien comunicada con Almería, a 52 km. de distancia, y con Berja. Sigue siendo “la calurosa Adra”, como la definiera Alarcón (25, p. 277), pero ya no es un lugar insalubre. Al contrario, el aspecto de sus habitantes, de sus calles y sus casas, de la vega, con sus plantaciones de caña de azúcar y batatas, no infunde sino una sensación de bienestar y desarrollo. Esto se debe en parte a la extracción de galena argentífera en las montañas próximas y al consiguiente embarque del mineral y otros productos metalúrgicos en la rada de Adra que, aunque a merced de los fuertes vientos de poniente, suele presentar bastante actividad. Desde aquí, y aún más desde algunos kilómetros en alta mar, la vista es maravillosa: Sierra Nevada se eleva majestuosa sobre el delta del Adra, entre las Sierras de Gádor y la Contraviesa.

ALMERÍA

Como tercero, y más oriental, de los ríos que nacen en las Alpujarras y desembocan en el Mediterráneo se ha citado al río de Almería. Nace en los pliegues que se encuentran al N. del Chullo, atravesando primero la zona más oriental del Marquesado de Cenete con el nombre de rambla de Huéneja. Una vez pasada la zona de Huéneja, gira hacia el Este y entra en la provincia de Almería con el nombre de rambla de Fiñana, nombre que toma del segundo municipio de cierta importancia en su margen izquierda. A continuación recibe por la izquierda a los afluentes de la Sierra de Baza, y por la derecha, a los últimos afluentes que desde la zona oriental de Sierra Nevada siguen dirección NE. El río tiende cada vez más hacia el S. Llegando hasta Alboloduy, de donde toma nombre el siguiente tramo que llega hasta la confluencia con el río de Andarax, junto a la localidad de Alhavía, a 37° N. A partir de aquí recibe el nombre de río de Almería. El río también recibe frecuentemente hasta aquí la denominación de río de Nacimiento. El río de Andarax nace en la vertiente S. del cerro del Almirez (Chullo), al N. de la localidad de Laujar. Desde aquí fluye primero en dirección SE., luego en dirección NE. y, finalmente, hacia el E., a lo largo del paralelo 37 hasta unirse con el Alboloduy. El río de Andarax recoge las aguas de los afluentes más orientales de la



Reposo en la actividad diaria del dique de Poniente en el puerto de Almería. (Foto de L. Roisin).

vertiente S. de Sierra Nevada. Su cuenca, junto con la de sus afluentes, abarca la parte de la comarca de Canjáyar que pertenece a las Alpujarras. El río de Almería presenta muchos meandros, pero su dirección predominante sigue siendo SE. hasta la desembocadura en la bahía de Almería, 3 km. al E. de la ciudad del mismo nombre. Por la izquierda recibe de forma periódica a los afluentes de toda la vertiente S. de la Sierra de los Filabres, especialmente la llamada rambla de Tabernas. En época de lluvias o de deshielo éstos le aportan un gran caudal, pero durante el verano están secos, por lo que en esta época el río, tras ceder la mayor parte de las aguas que recibe de la sierra para el riego de las huertas, llega al mar pareciendo tan sólo un humilde arroyo. Se calcula que su recorrido total es de 96 km. y la superficie que riega, de 3.000 km². En tiempos de los moros se llamaba Guadi Bachana, río de Bachana. Esta localidad, en cuyo lugar se encuentra hoy el pueblo de Pechina, en la margen izquierda del río, 5,5 km. al N. de Almería, fue en tiempos la capital de toda la comarca, que recibía el nombre de “Cora de Bachana”.

Almería, la Urci romana, es la actual capital de la provincia y cuenta con 37.000 habitantes. Esta ciudad era ya importante antes de existir Granada. Está situada en la cara N. de la bahía del mismo nombre, en una llanura esteparia entre dos colinas, de las que la más occidental aún conserva una fortaleza construida por Abderramán III, el Califa de Córdoba. El nombre de la ciudad procede del árabe Albahri Meria, que significa Espejo del Mar (44, p. 98), refiriéndose tanto a la bahía, como al esplendor que vivió la ciudad bajo



Tramo final del Paseo de Almería en construcción.
(Colección IEA).

el dominio de los almorávides. Durante su apogeo, que comenzó en el siglo IX y continuó bajo el reinado de los Reyes de Granada, fue centro de una industria muy avanzada y ocupó el primer puesto en toda la Península Ibérica en cuanto al comercio con Oriente. Era el bastión del Islam en Yezzyreh—Andalos, la Isla Andaluza, como llamaban los árabes a España. En el siglo IX, el carácter emprendedor de sus habitantes llevó incluso a la conquista de Córcega y Cerdeña. Y sin embargo ¡cuán átona y discreta se ha mostrado la población cristiana durante los últimos 400 años! Almería es la única capital de provincia que careció de ferrocarril hasta el año 1896, y que ni siquiera contaba con carreteras de comunicación con el interior. El que sin embargo no haya perdido su importancia se debe a su estratégica situación junto al mar, a las extracciones de mineral de hierro, plomo y zinc en las sierras vecinas, a su importante producción de esparto y, sobre todo, a los productos de su famosa huerta. Esta se extiende en las márgenes del río y en los flancos N. y S. de la ciudad. Su principal cosecha son las típicas uvas de Almería. Son éstas muy carnosas, del tamaño casi de una ciruela, de color violáceo o verde muy claro y, aunque sin mucho jugo ni aroma, de sabor dulcísimo.

Su grueso y resistente hollejo permite una conservación excepcionalmente larga, pudiendo ser exportadas incluso a Norteamérica, su principal mercado junto con Inglaterra. El volumen de exportación de este producto ha oscilado durante los últimos cinco años, en función de la cosecha, entre 600.000 y 950.000 barriles. En los barriles se utilizan duelas elaboradas con madera procedente de los abundantes bosques del N. de Europa, especialmente de Finlandia, y de los Estados de la Unión¹⁸¹; los cercos, aros de madera con que se sujetan las duelas, proceden de Italia y Cataluña.

La calle que va del puerto al centro de la ciudad está sin adoquinar; es una rambla arenosa como muchas otras. Por el contrario, el “Paseo” o calle principal, con sus hileras de hermosos plátanos y sus aseadas casas, resulta muy pintoresco. También la pensión que se encuentra aquí, la Fonda Tortosa, responde a mayores exigencias. En época de lluvias tanto la rambla como otra calle que se encuentra al E. cumplen su cometido original, como bien pude constatar a mediodía del 10

¹⁸¹ Hoy día EEUU.

de septiembre de 1888. De hecho durante mi recorrido fui encontrando a menudo fuertes tormentas. Ya había visto las consecuencias de estos aguaceros en Alicante, los días 1 y 2 de septiembre; luego, en Orihuela y Murcia, los días 3 y 4; y ahora las precipitaciones en Almería no eran menos intensas. La rápida y repentina acumulación del agua da lugar a riadas, bastante frecuentes en la Península Ibérica, de gran poder de destrucción. Estas riadas son, afortunadamente, un fenómeno rarísimo en mi país. Pero en regiones donde las cumbres están desprovistas de bosques y de la capa de hojas y verdina que éstos proporcionan, donde los valles no están cubiertos de tupidas praderas, donde además las fuertes precipitaciones son frecuentes, allí el agua fluye a raudales y constituye un gran peligro. El agua, al precipitarse por las laderas desnudas hacia los valles, arranca al pasar la capa de humus; además en muy poco tiempo llena los lechos secos (ramblas), los desborda y se abre camino en forma de torrentes que sólo traen perjuicios, ningún beneficio.

LAS ALPUJARRAS

En las Alpujarras faltan praderas, bosques y lagos. Los rasgos de esta región son característicos y muy distintos de los de la región alpina. Su atractivo radica, sobre todo, en grandes contrastes de terreno, clima y vegetación. Las lomas y valles conducen al naturalista desde las regiones de esquistos micáceos y arcillosos al N. hasta la región de talquitas y calizas al S.; desde la alta montaña, con un crudo invierno de nieves, heladas y frecuentes ventiscas, que se prolonga durante 8 meses, y un verano que hace brotar junto a los ventisqueros una gran variedad de especies ártico-alpinas, hasta los profundos valles al S., cuyos habitantes sólo ven la nieve en lontananza.

(...)

La Taha de Berja, actualmente parte del distrito de Berja, comprendía antiguamente 15 municipios, de los que hoy día sólo quedan cuatro: Berja, Benícar, Darrical y Lucainena, todos en la vertiente E. del Río Adra. Berja (la Urci romana y Medina-Barcha mora), actualmente cabeza de este partido que queda al SO. de la provincia de Almería, era residencia del Alcaide y contaba con un castillo. El nombre árabe significa Amable Hermosura. Algunos escritores árabes compararon a esta medina con un paraíso en medio del infierno, por

estar rodeada de una zona montañosa y esteparia, desprovista casi por completo de vegetación. Berja cuenta actualmente con 14.000 habitantes, está situada en una hermosa caldera sobre una pequeña altiplanicie, a 356 m. sobre el nivel del mar. Goza de un clima suave y sano, de excelentes aguas y de una vega bien regada. Al igual que la sericultura en tiempos de los moros y aún en el siglo pasado, la explotación minera de galena argentífera en la cercana Sierra de Gádor ha sido durante gran parte de este siglo la principal fuente de riqueza para esta población. El aspecto pulcro y refinado de sus casas de campo dan fe de este esplendor. Las casas señoriales poseen todas un hermoso jardín, con árboles frutales que dan su generosa provisión de fruta fresca.

Cerca de Berja tuvo lugar en 1569 una sangrienta batalla, la más atroz de toda la rebelión de los moriscos. Abén Humeya, que poco antes había sido coronado rey en el Albaicín granadino, se enfrentó aquí, con un ejército de seguidores en la fe y compatriotas, pero sin cañones ni caballería, al temible marqués de Vélez, mejor pertrechado. Vélez se dirigió con el resto de sus huestes hacia Adra; Abén Humeya, con los pocos insurgentes que sobrevivieron, volvió a Válor, sede de su Señorío.

*La Taha de Lúchar*¹⁸². Hoy día forma parte del partido de Canjáyar, en la provincia de Almería. En tiempos de los moros comprendía 17 municipios, de los que sólo han subsistido 5: Almócita, Beires, Canjáyar, Ohanes y Padules. Estos se reparten a ambas márgenes del río de Andarax. Canjáyar es una villa de 3.900 habitantes y de casas apiñadas en una estrecha caldera. Constituye el núcleo de población más oriental de las Alpujarras, y fue residencia del Alcaide.

La Taha de Andarax se encuentra al O. de la anterior, en el valle alto del río de Andarax y del río de Paterna, el cual se une más adelante al río Chullo para dar origen al río de Adra. De los 15 municipios que inicialmente pertenecieron a este partido quedan hoy día solamente 7: Bayárcal, Paterna, Alcolea, Presidio, Fondón, Benecid y Laujar (Laujar de Andarax), la Lauxar árabe. Este último es la cabeza de partido, con 3.500 habitantes. Está situado en la margen izquierda del río, en el Valle o Llano de Laujar o de Andarax. Aquí en Lauxar fue coronado por segunda vez Abén-Humeya, el Rey rebelde. Paterna y Ohanes también jugaron un papel en 1568-71.

¹⁸² Esta Taha y las siguientes comprenden la región de la Sierra de Gádor, al S. y la región E. de Sierra Nevada: desde Cerro Montaire hasta el Montenegro, al N.